



CABALGAMOS JUNTOS

ROBERT BROOKS

—Mograine.

Atardecer. Violeta en el horizonte. El frío de la noche llegaba y se mezclaba con los hilos helados de niebla que envolvían la necrópolis.

—Mograine.

El frío no lo inmutaba. El frío solo podía molestar a los vivos.

—Alto señor Mograine, ¿qué pasó?

A través de la niebla que rodeaba la fortaleza flotante de Acherus, Darion Mograine veía las Islas Quebradas que se extendían frente a él. Las luces tenues de Suramar. La silueta muerta de la Tumba de Sargerass, su resplandor vil ahora extinto. La cima distante de Altamontaña, con sus picos nevados

«PUEDES ESTAR SEGURA —DIJO MOGRAINE—, PORQUE ESTOY A PUNTO DE PEDIRLES QUE ME AYUDEN A ASESINAR A BOLVAR FORDRAGÓN.»

pintados de naranja furioso por los últimos rayos de sol. Inmóvil. Tranquila. Como había estado desde la derrota de la Legión.

—Mograine, ¿todavía estás ahí?

La hoja de una espada se apoyaba sobre su nuca con firmeza. Un movimiento de muñeca y todos sus problemas desaparecerían. Darion Mograine giró la cabeza y miró a los ojos a la mujer que sostenía la espada.

—Por el momento, sí —respondió.

—¿Cómo puedo estar segura? —preguntó Sally Melenablanca sin dejar que sus ojos brillantes pestañearan una sola vez bajo su pelo blanco como la nieve. A su lado, había un orco y un humano. No intentaron intervenir. E hicieron bien.

—Puedes estar segura —dijo Mograine—, porque estoy a punto de pedirles que me ayuden a asesinar a Bolvar Fordragón.

La Presencia en la mente de Mograine no se alteró en lo más mínimo. Eso lo sorprendió. Pero las reacciones de los otros tres le parecieron aún más interesantes.

Thoras Aterratrols hizo una mueca y dejó la mirada fija en el piso. Nazgrim masculló un insulto en orco y escupió el suelo. Melenablanca solo sonrió y bajó el arma.

—Excelente. Nada me gustaría más en la vida que matar al Rey Exánime —dijo.

—Siempre tan chistosa, Melenablanca —dijo Aterratrols.

Mograine apartó la mirada. Sus ojos se posaron en las islas, y se regaló una última mirada a una tierra en paz. Un último momento de serenidad. Después se volteó y lo hizo desaparecer de su mente. Endureció lo que quedaba de su alma para bloquearlo.

La serenidad no le serviría de nada ahora.

—Ahora tenemos que hablar. Nosotros, los Cuatro Jinetes, solos —dijo Mograine, y luego se dirigió al orco—: Nazgrim, por favor.

El orco se volvió hacia la tripulación de Acherus, gritando órdenes como un sargento de entrenamiento de Orgrimmar.

—¡Fuera! Salgan de aquí *ahora mismo*. Si me hacen decirlo otra vez...

Los esbirros no-muertos comenzaron a dispersarse obedientemente mientras Nazgrim los escoltaba fuera. Los que todavía poseían inteligencia se habían acostumbrado al estilo de mando único del orco. El resto —los que no habían tenido la suerte de llegar a la no-muerte con la mente intacta, los que solo serían una plaga asolando Azeroth de no ser por la influencia de los Cuatro Jinetes— obedecían sin cuestionamientos; no importaba si las órdenes se gritaban, se decían o simplemente se imponían a su voluntad.

Mograine dejó que Nazgrim se divirtiera. Había una mesa de comando cerca de la ventana. Desenvainó la espada —ornamentada con runas que habría hallado blasfemas en vida— y la apoyó.

Los demás también se acercaron a la mesa. Nazgrim se unió después de algunos minutos. En los ojos fulgurantes del orco se descubría una chispa de disfrute. La no-muerte traía aparejada la pérdida de ciertas partes del alma, pero Nazgrim siempre parecía agradecido de haber conservado su amor por las órdenes. Comprensible para alguien que había muerto siendo general.

Se hizo silencio en la habitación. Aunque no había ningún ser en las cercanías que pudiera espiar a los Cuatro Jinetes, eso probablemente no era garantía de nada. Si Bolvar quería, podía escuchar hasta la última palabra a través de su Presencia en la mente de ellos, y Mograine dudaba que pudieran hacer algo para impedirlo.

Vamos, Bolvar, ¿por qué no te explicas?

Mograine se quedó mirando la espada mientras trataba de organizar sus pensamientos.

—¿Percibieron algo del Rey Exánime hoy? —preguntó. De su Presencia,

quería decir—. Órdenes, algún tipo de emoción, ¿algo?

Los otros tres cruzaron miradas. Aterratorls respondió primero.

—Nada. Quizás una chispa de ira, y después nada.

Nazgrim y Melenablanca estuvieron de acuerdo. Mograine cerró los ojos.

—¿Qué sienten de él ahora?

—Nada —dijo Melenablanca.

—Vuelvan a intentarlo —dijo Mograine—. Intenten sentir *cualquier cosa* del Rey Exánime. Busquen su mente.

Melenablanca le dedicó una mirada de curiosidad y luego cerró los ojos. Los otros la imitaron en seguida. Pasaron unos momentos mientras se concentraban.

—Todavía nada —dijo Nazgrim.

—¿Ustedes tampoco? —preguntó Mograine.

Los otros dos movieron la cabeza afirmativamente.

—Entonces les diré la verdad. Bolvar no respondió ninguna de mis preguntas cuando lo enfrenté. Todavía no tengo idea de por qué nos aisló. Todavía no tengo idea de qué está planeando. Le exigí respuestas, o al menos la promesa de que seguiría conteniendo el poder del yelmo. Se negó. Así que yo... —Mograine dudó— lo atacué. Más bien, *intenté* atacarlo. Bolvar se apoderó de mi voluntad y me obligó a regresar aquí. Prácticamente nos desafío a enfrentarlo juntos. No es el Bolvar que juramos servir.

Melenablanca ya no sonreía. Ninguno sonreía. Nazgrim entornó los ojos.

—¿Dominó tu mente y después te dejó ir?

—Sí —dijo Mograine.

—¿Por qué no te destruyó ahí mismo?

—No lo sé —dijo Mograine con honestidad.

Nazgrim murmuró algo que Mograine no entendió.

Aterratorls golpeó la mesa suavemente con uno de los dedos protegidos por la armadura. El sonido metálico resonó en todo el salón.

—¿Será una trampa?

—No lo sé —dijo Mograine.

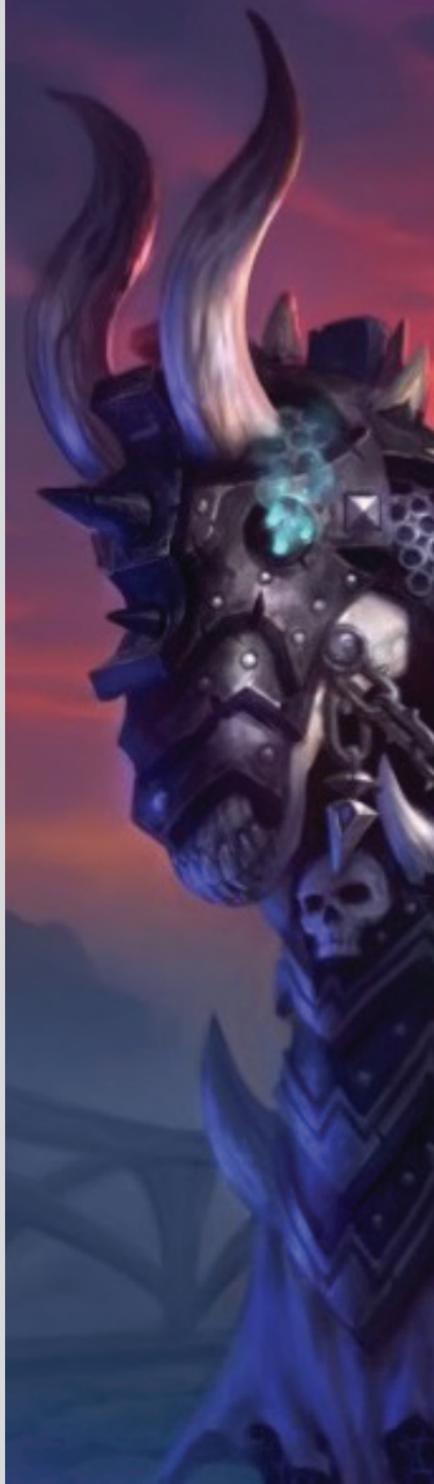
—Esto es muy extraño, Mograine —dijo Aterratrols—. Bolvar sabe que sospechamos de él, y sabe que no es fácil intimidarnos. Ahora se ha confirmado lo que más temíamos: tomará el control de nuestra mente si no le obedecemos. Esto no puede ser casualidad.

Una mueca de desdén se pintó en la cara de Melenablanca.

—Es una amenaza. “Me obedecerán, quieran o no”.

—Tal vez —dijo Mograine—. O tal vez no.

Nazgrim soltó otra maldición. Mograine sabía que esto iba a ser difícil de aceptar. Ellos eran los Cuatro Jinetes, los tenientes de confianza del hombre que estaba conteniendo la marea de no-muertos. Pero ninguno de los demás conocía a Bolvar Fordragón tan bien como Mograine. Ninguno de ellos había visto la prisión de hielo de Bolvar hasta que los trajeron a la no-muerte. Ninguno había investigado durante años, en este mundo y en otro, alguna forma de liberar a Bolvar de su terrible deber. Ninguno de ellos había visto el espíritu leal e implacable de Bolvar



Fordragón erosionarse bajo el peso imposible de la corrupción del yelmo, que lo había desgastado hasta que Mograine solo podía oír el chirrido de dolor entumecido y apagado en que se había transformado su voz.

Pero tan pronto como se resucitó a los demás para ser parte de los Cuatro Jinetes, ellos compartieron la preocupación de Mograine: que la decisión de Bolvar de usar el poder del Rey Exánime para luchar contra la Legión —incluso si solo había usado una fracción del verdadero poder del yelmo— tal vez había abierto una puerta que nunca podría cerrarse.

—Se los eligió como jinetes de Bolvar porque tienen un sentido inigualable del deber y la lealtad, pero aun así les pediré que cometan el pecado más grande de todos: el pecado de la traición. Les pido que maten a Bolvar Fordragón, no porque entendemos lo que está haciendo, sino porque no lo entendemos. Yo le di mi palabra de que no dejaría que se convirtiera en el monstruo que había reemplazado, así que tengo que hacer algo aunque no tenga posibilidad de vencer. —Mograine señaló la mesa y la espada que estaba allí apoyada—. Bolvar me demostró hoy que no puedo resistirme a su control. Si me van a ayudar, tienen que guardar mi espada. No puedo tenerla por ahora.

El veredicto llegó sin titubeos.

—Toma tu espada, Mograine —dijo Aterratrol—. Te necesitaremos para la batalla que viene.

—Sabíamos que llegaría este día. Iremos contigo —gruñó Nazgrim.

Mograine miró a Melenablanca.

—¿Y tú?

Ella se limitó a sonreír.

Entonces estaba decidido. *Ojalá pudiera hacer esto solo*. La muerte había privado a Mograine —a todos— del caleidoscopio vibrante de emociones mortales. No podían sentir amor, alegría ni furia como los vivos. Pero Mograine había luchado junto a esos tres jinetes contra la peor amenaza que había tenido que enfrentar Azeroth. En el fragor del combate, había llegado a conocer y admirar su espíritu implacable y su corazón leal. El destino, el

deber, y quizá tan solo la casualidad, los habían llevado a convertirse en los Cuatro Jinetes del Rey Exánime.

Habían sufrido juntos, peleado juntos, ganado juntos. Era un lazo que solo los soldados podían experimentar.

Y él los estaba llevando a su fin. No había duda de eso. Cuatro personas al servicio del Rey Exánime nunca podrían derrocarlo.

Pero los demás también lo sabían. Y no habían dudado en acompañarlo. Ni por un instante.

Un pasaje del tratado de su padre le vino a la cabeza: *Hermanos, hermanas: luchemos juntos ahora, vencamos juntos ahora, y juntos correremos al abrazo de la Luz*. Mograine deseaba poder prescindir de ellos en esta misión condenada. Por su vínculo, sabía que eso era imposible. Sin importar lo que pasara.

—Entonces reunamos a la tripulación. Pongamos al Acherus en marcha —dijo Mograine—. Vamos camino a Rasganorte. Vamos camino a Corona de Hielo. Cabalgamos juntos una última vez.



La Alianza había invadido Dazar'alor. Habían matado al rey de los zandalari y se habían retirado. Los cuerpos de un sinfín de guerreros, de la Alianza y de la Horda, se amontonaban en las calles.

—Tráiganme los cuerpos de los que murieron con honor —ordenó el Rey Exánime.

Y así lo habían hecho. Con mucho cuidado.

Era territorio de la Horda, así que Nazgrim había asumido el liderazgo, recopilado historias de los héroes caídos y seleccionado candidatos. Habían hecho todo lo posible por mantenerse ocultos de las tumbas de los loa que residían allí, pues no les habría gustado nada enterarse de que les estaban robando en sus tierras. Nazgrim no estaba seguro de haberlo logrado.

Habían ido a Kul Tiras. Después a Costa Oscura. Todos los campos de batalla grandes que pudieron encontrar. Algunos de los caídos habían muerto

«NAZGRIM LES HABÍA CONTADO A LOS DEMÁS JINETES Y ESTABAN TAN PREOCUPADOS COMO ÉL. ¿POR QUÉ BOLVAR ESTABA REUNIENDO A LA PLAGA EN CORONA DE HIELO EN SECRETO? ¿Y POR QUÉ ESTABA ENVIANDO LEJOS A TODOS LOS NO-MUERTOS CAPACES DE CUESTIONARLO?»

enfrentando a los horrores oscuros que emergían de las profundidades, mientras que otros habían muerto defendiendo su hogar. Para recoger a algunos habían tenido que sobornar a los enterradores, pero al resto los habían tomado de tumbas que nadie custodiaba.

Era una tarea sombría y perturbadora. Finalmente, Nazgrim confrontó a Bolvar.

—Es mejor dejar que los muertos descansen en su hogar, junto a los espíritus de sus ancestros —gruñó el orco.

El Rey Exánime no se había dejado convencer.

—Los reclamo para mí para impedir que se los lleven otros.

¿Otros? Nazgrim le había preguntado a Mograine al respecto, pero Mograine no sabía con certeza.

—Bolvar está pendiente de Sylvanas Brisaveloz —especuló el alto señor—. No confía en sus intenciones.

La idea de enfrentarse a Brisaveloz no había molestado demasiado a Nazgrim. Después de todo, Sylvanas había ayudado a matarlo. Y ella nunca había sido su jefa de guerra.

Habían llevado los cadáveres a Corona de Hielo, y allí los habían enterrado con cuidado en los depósitos glaciales que yacían bajo la ciudadela, donde el frío no les permitiría descomponerse.

No fue hasta que Brisaveloz abdicó el mando de la Horda que el Rey Exánime empezó a despertarlos a la no-muerte. Uno tras otro, los cadáveres

comenzaron a moverse, temblar y finalmente se levantaron a su nueva existencia de dolor, tormento y poder.

El Rey Exánime había saludado a los nuevos caballeros de la muerte con un mandato simple:

—El poder de la muerte aumenta. Levántense, serán mis campeones.

Nazgrim había anticipado que pasaría años entrenándolos para que aprendieran a controlar su nuevo poder, pero mandaron a la mayoría de regreso a su hogar, los obligaron a encontrar su propio camino en un mundo que les temería y los despreciaría. Nazgrim no podía imaginar cómo iban a mandar nuevos reclutas a la guerra sin intentar antes enseñarles a sobrevivir. Un día, oyó a Mograine interpelar a Bolvar.

—Hasta Arthas entrenaba a sus nuevos esclavos —dijo Mograine.

—Yo no soy Arthas —respondió Bolvar—. Ellos no son esclavos.

—Precisamente —dijo Mograine—. Estamos malditos. Sufrimos constantemente. Y el único consuelo que encontramos es infligirles muerte y dolor a los vivos. Sin el control estricto de Arthas, la mayoría habría causado estragos. Algunas de estas almas no durarán mucho tiempo solas, y puede que lastimen inocentes antes de caer.

La respuesta de Bolvar fue fría.

—Es un riesgo necesario.

Pero con el pasar de las semanas, otra cosa comenzó a molestar a Nazgrim. Parecía que algo estaba atrayendo a la Plaga a Ciudadela de la Corona de Hielo. Aunque Bolvar había despachado a los caballeros de la muerte, las filas de la Plaga en Corona de Hielo se estaban engrosando. Nazgrim primero notó que algunos no-muertos desorientados hacían pozos en los bancos de nieve para esconderse. Entonces, Nazgrim comenzó a sacudir todas las pilas de nieve que se cruzaba. A veces no encontraba nada; otras, descubría un grupo de no-muertos que se quedaba mirándolo.

Estos eran los no-muertos descerebrados. Eran incapaces de hacer algo así a menos que alguien se los ordenara. Cuando Nazgrim le preguntó a Bolvar, la única respuesta que recibió fue:

—No te preocupes por eso.

Nazgrim les había contado a los demás jinetes y estaban tan preocupados como él. ¿Por qué Bolvar estaba reuniendo a la Plaga en Corona de Hielo en secreto? ¿Y por qué estaba enviando lejos a todos los no-muertos capaces de cuestionarlo?

.....

Acherus estaba en camino. Las Islas Quebradas ya habían desaparecido del horizonte y solo se veían las estrellas, las nubes y el mar, iluminado por la luz tenue de la luna.

Era la primera vez en años que la fortaleza flotante se movía. Mientras le gritaba órdenes a la tripulación de no-muertos, Nazgrim se preguntaba qué estarían pensando los *shal'dorei* de Suramar al verlos partir volando. Se preguntaba si los exploradores de Altamontaña estaban enviando informes a Orgrimmar en ese instante para hacerles saber que la Espada de Ébano se estaba moviendo. Se preguntaba qué haría la Horda al respecto.

—Si son inteligentes, redoblarán las defensas y se prepararán para una invasión —musitó Nazgrim. Si Acherus estaba regresando a Corona de Hielo eso solo podía ser sinónimo de problemas. Thrall, o el consejo de la Horda, o quien fuera que estuviera a cargo ahora, tenía que saberlo.

Durante la guerra contra la Legión, Nazgrim se había esforzado por evitar los rumores y noticias sobre lo que estaba sucediendo con la Horda. No porque no le interesara, sino porque temía que le interesara *demasiado*. Él había muerto defendiendo a un jefe de guerra tirano. Cuando lo trajeron de vuelta como caballero de la muerte, se había enterado de todo lo sucedido después. La Horda de Hierro. El regreso de la Legión. Todas consecuencias del orgullo de Grito Infernal. Todas consecuencias de la lealtad de Nazgrim.

Él había muerto cumpliendo con su juramento. Había muerto por la Horda. Y aun así, las consecuencias le carcomían la mente. Entonces, había intentado no pensar en eso.

Durante la Cuarta Guerra, cuando Nazgrim recorrió las tierras de la

Horda en busca de... *reclutas* adecuados, no había podido evitar enterarse sobre los problemas de la Horda. Había visto a su gente derrocar a *otro* monstruo más, y no había podido hacer nada para ayudarlos. Había sido extraño darse cuenta de que le habría gustado, aunque fuera solo un poco.

Los ojos de Nazgrim cayeron sobre una forja de runas, quieta y silenciosa. No brillaba con fuego violeta de corrupción, como debería haber sucedido después de la batalla. Tres esbirros de la Plaga estaban allí de pie, quietos, con la cabeza gacha.

Nazgrim preparó su antigua voz. Su voz de general.

—¡A trabajar! —rugió—. Si se rompe mi espada en la batalla, ¿qué tengo que hacer? ¿Esperar horas hasta que aviven el fuego y calienten la forja? Si vuelvo a encontrarlos durmiendo...

Nazgrim no se molestó en terminar la oración. Los tres esbirros ya estaban trabajando, obedecían más a su voluntad que a sus palabras. Las llamas violetas comenzaron a brillar en la caldera de la forja de runas. Estaba malgastando su aliento. *No tiene gracia ladrarle órdenes a alguien que no puede desobedecerte*, pensó.

Se dio vuelta y se fue. Tenía otras tareas que cumplir.

Cuando Nazgrim descendió a los pisos más bajos de Acherus, encontró a Thoras Aterratrols esperándolo.

—Saludos, milord —dijo el orco en tono burlón, mientras flexionaba ligeramente las rodillas parodiando ese extraño gesto humano llamado *reverencia*.

—*Zug-zug*, general —respondió el humano con un suspiro cansado, como si participara en esa broma que se habían hecho durante años por obligación—. Mograine me pidió que te buscara. Dijo que ninguno de nosotros cuatro debería estar solo hasta que comience la batalla.

—¿Por qué?

—Por si Bolvar intenta detenernos. Seguramente necesitaremos la ayuda de los demás llegado el caso.

Por las dudas de que la Presencia del Rey Exánime les aplastara la consciencia y se transformaran en simples marionetas, quiso decir. Nazgrim gruñó. Era posible que la única forma de impedirlo fuera matarse unos a otros antes de perder el control. Había luchado contra muchos soldados de la Plaga en Rasganorte y nunca olvidaría su mirada perdida antes de caer. *Prefiero morir otra vez antes que convertirme en esclavo como ellos.*

—¿Lo crees capaz?

—Todavía no lo intentó —dijo Aterratorls con calma—. Quizá no. O quizás es solo que todavía no estamos tan cerca de Corona de Hielo. Si se apodera de mi voluntad y todavía puedes blandir el hacha, córtame la cabeza. ¿Puedo contar contigo?

—Si primero me clavas la espada en el corazón, tienes un trato. —Nazgrim tomó el antebrazo del humano y presionó. Aterratorls le devolvió el apretón. Era un gesto de amistad común entre los soldados de Stromgarde, aparentemente. El viejo rey humano y el orco se habían hecho amigos, aunque les había llevado un tiempo superar los rencores de su antigua vida. Nazgrim había pasado un largo tiempo en los campos de reclusión humanos, y Aterratorls había ordenado públicamente que se ejecutara a todos los orcos en esos campos.

Pero Aterratorls había estado dispuesto a admitir su error. Nazgrim supuso que era una de las características por las que había sido un rey tan amado por su pueblo.

Caminaron juntos por el Bastión de Ébano mientras inspeccionaban las tareas interminables que cumplían los numerosos miembros de la tripulación para mantener la fortaleza avanzando en el aire. Finalmente, Nazgrim hizo la pregunta que le había estado zumbando en la cabeza toda la noche.

—Si tenemos que matar a Bolvar, ¿quién va a usar el yelmo en su lugar?

—No sé —dijo Aterratorls—. No es una corona que me interese.

—¿Y si eres el último que queda de nosotros?

Aterratorls sacudió la cabeza.

—Poco probable.

—Como sea. ¿Tú qué harías?

Aterratorls dejó de caminar y miró a Nazgrim con dureza.

—Lo que sea necesario para proteger a Azeroth. Concéntrate en la victoria primero, orco. Probablemente la mayoría de nosotros no sobreviva.

Nazgrim se encogió ligeramente de hombros.

—Creo que Bolvar podría haber matado a Mograine en Corona de Hielo, pero no lo mató —siguió—. Quizá cierta parte de él *quiere* que le pongamos fin a su sufrimiento. Quizá nos deje.

—Quizás. —Aterratorls mantuvo la mirada clavada en los ojos de Nazgrim—. Pero el último Rey Exánime engañó a los mejores guerreros del mundo para que fueran hasta su trono, ¿no? Y esa fue una trampa de la que casi no salen con vida.

La duda se apoderó del alma de Nazgrim. No lo había pensado así. *¿Era por eso que Bolvar había dejado que Mograine regresara? ¿Para llevarnos a los cuatro hasta el Trono Helado, donde su poder es más fuerte, y apoderarse de la voluntad de todos al mismo tiempo?*

No, decidió después de un momento.

—Esa no es la intención de Bolvar —dijo Nazgrim.

—Pareces muy seguro.

—Estoy seguro —dijo Nazgrim—. Vi sus planes de batalla en Rasganorte. Es inteligente, no usaría la misma estrategia dos veces. En especial, una que ya falló la primera vez.

Aterratorls pensó en lo que decía Nazgrim y asintió.

—Es un buen punto. Pero eso solo significa que no estamos preparados para lo que sea que *sí* esté planeando.

Y esa era la verdad. La incertidumbre de Nazgrim se convirtió en ansiedad, lo más parecido al miedo que podía sentir en la no-muerte. Desde el momento en que Mograine había dicho las palabras, Nazgrim sabía que era muy probable que los cuatro murieran a manos del Rey Exánime. Estaba en paz con eso. Ya había muerto en batalla antes. *Hay cosas peores*, pensó.

Prefería el olvido a la esclavitud.

Era la incertidumbre lo que le hacía un nudo en el estómago. Dos ejércitos decididos habían asaltado al Rey Exánime anterior y casi habían perdido. ¿Qué esperanzas podían tener cuatro guerreros solos? Mograine acababa de confirmar que eran vulnerables a la influencia del yelmo. Si ellos fracasaban, los ejércitos de la Horda y de la alianza, hechos trizas tras su última guerra, ¿serían capaces de terminar el trabajo?

Duda. Incertidumbre. Nazgrim todavía tenía la extraña sensación de que Bolvar no era el enemigo, y eso lo preocupaba. Quizá su razonamiento estaba completamente errado. De todos modos, no iba a proponer regresar. Esta confrontación respondería todas sus preguntas, para bien o para mal.

—¿Dudarás cuando llegue el momento de matarlo? —preguntó Nazgrim.

—Mí juramento fue defender a Azeroth, no a Bolvar —se limitó a decir Aterratrols.

El orco continuó con su patrulla y Aterratrols lo siguió.

Cuando llegaron a uno de los balcones exteriores de Acherus, vieron nubes que cubrían el cielo hacia el noroeste. Corona de Hielo estaba en esa dirección, lejos, cruzando el horizonte. Nazgrim la sentía. Podría haberla señalado con los ojos cubiertos, se extendía firme y constante como un faro invisible. Nazgrim casi no había sentido la Presencia desde que Mograine había regresado. Era como si el Rey Exánime los hubiera bloqueado por completo.

Pero todavía estaba ahí. Esperando.

—No puede no saber que estamos yendo —musitó Nazgrim.

—Estoy de acuerdo.

—Tú hablaste con él más que yo —dijo el orco—. ¿Es verdad que Bolvar está perdido? ¿O hay alguna posibilidad de salvarlo?

Aterratrols no dijo nada por un rato. Nazgrim lo dejó ordenar sus pensamientos sin pronunciar palabra. Finalmente, Aterratrols habló con suavidad.

—Es un líder al que se le encomendó el deber más terrible. Supongo que

tiene la intención de cumplirlo solo hasta que lo aplaste.

Thoras Aterratrols estaba solo, de pie frente al Trono Helado. Sobre su cabeza, en la cima de la Ciudadela de la Corona de Hielo, el resplandor de dos ojos incandescentes encendía el Yelmo de dominación y el hielo azul que lo rodeaba.

La voz del Rey Exánime, profunda como los abismos más insondables, habló a través de la Presencia en la mente de Aterratrols. Era la primera vez en semanas que aparecía.

—Vete, Aterratrols. No necesito tu consejo hoy.

—Puede ser —dijo Aterratrols en voz alta. De todos modos, subió los escalones—. Pero hablaré contigo igualmente.

Con cada paso hacia arriba, Aterratrols sentía cómo aumentaba la irritación de Bolvar. Latía en su Presencia como una herida abierta. Ve con cuidado, quería decir.

Aterratrols no había conocido a Bolvar Fordragón en vida. Como rey de Stromgarde, había oído sobre Fordragón, el niño que impresionaba a los mentores paladines con su determinación y su espíritu noble. Quizás habían ido a algún evento de la corte juntos, pero nunca habían hablado. Lo único que sabía de Bolvar era lo que había experimentado desde que lo habían despertado a la no-muerte. Bolvar era un hombre dedicado, resuelto y leal. En sus días de paladín, probablemente había estado entre los mejores. Como Carcelero de los condenados, significaba que no quería discutir sus tribulaciones. Insistía tercamente en llevar su carga solo.

Aterratrols frenó unos escalones antes de llegar a la cima. No quería llegar al final de las escaleras y parecer amenazante. La crisálida de hielo velaba los ojos de Bolvar y las cicatrices naranjas flameantes que cruzaban todo su cuerpo, pero entre ambas el trono adquiriría un brillo leve y sobrenatural. Aterratrols se preguntaba si el hielo sobre su piel aliviaría el fuego de dragón que corría por sus venas. Quizá lo empeoraba.

—Bolvar —dijo Aterratrols—, no somos tus sirvientes. Es hora de que dejes de tratarnos así.

Bajo el hielo se vislumbró un destello de luz naranja que tuvo su correlato en el pulso de irritación que manifestó la Presencia de Bolvar.

—Así que te envió Mograine.

—No. Pero tampoco nos ocultó su desacuerdo.

Frío. Sin dudarlo.

—No tengo nada que decirle a él. Ni a ti.

—Decidiste despertarnos porque confiabas en nosotros —dijo Aterratrols—. Pero nosotros necesitamos confiar en ti. Nos estás ocultando secretos.

La ira iba en aumento.

—¿Y qué tendría que confiarles? —preguntó Bolvar.

Aterratrols abrió las manos en un gesto de amistad.

—Estás reuniendo un ejército aquí. Te vemos acomodar las piezas de ajedrez, pero no entendemos cuál es tu objetivo. Cuéntanos tus planes y te ayudaremos.

—Morirían. Eso no me ayudaría para nada. —Bolvar habló con la condescendencia de un padre frustrado con su hijo. Hacía mucho tiempo que nadie le hablaba así.

—Si envías a la batalla a soldados que no están preparados, sí, seguramente morirán —coincidió Aterratrols—. Y efectivamente, no estamos preparados. ¿Qué cambió? ¿Por qué nos excluyes?

—Sylvanas Brisaveloz.

Thoras Aterratrols dudó. ¿Brisaveloz? El Rey Exánime había estado interesado en ella desde el comienzo de la Cuarta Guerra, y les había dicho a sus Cuatro Jinetes que lo informaran sobre cualquier rumor de su ubicación, pero les había prohibido terminantemente que la persiguieran. Sin embargo, Bolvar también les había dicho a los jinetes que Sylvanas siempre había mostrado desprecio hacia el yelmo.

—¿Qué pasa con Sylvanas?

—Su guerra perturbó el equilibrio entre la vida y la muerte. La muerte se

regodea y el poder del yelmo bulle —dijo Bolvar—. La Legión transformó a nuestro mundo en un osario, y aun así en ese momento no sentí lo que siento ahora.

Aterratsols todavía no estaba seguro de qué había perturbado a Bolvar.

—No sé qué intentaba hacer Sylvanas, pero fracasó.

Aterratsols sintió la ira incandescente de Bolvar, pero tuvo la extraña sensación de que estaba más que nada enfadado consigo mismo.

—¿Ves alguna señal de que ella crea que ha fracasado?



El cielo nublado ocultaba la salida del sol, pero en la penumbra del amanecer empezaban a divisarse los peñascos y las ruinas destruidas del Cementerio de Dragones. Todavía faltaban horas para que la Ciudadela de la Corona de Hielo apareciera en el horizonte.

Sally Melenablanca estudiaba con cuidado a Darion Mograine por el rabillo del ojo. Había estado ocupado toda la noche con el trabajo de mando, dando órdenes secas a la tripulación de Acherus para preparar el asalto. Ahora tenía la mirada fija en un mapa de Rasganorte. Sus ojos no se movían, así que probablemente estaba perdido en sus pensamientos.

Esto no está nada bien, decidió Melenablanca. Si Mograine se distraía de la terrible tarea que tenían por delante, sería vulnerable al control de Fordragón.

—Cuando el Rey Exánime te convirtió en su marioneta, ¿qué sentiste? —preguntó.

Mograine levantó la vista y la miró.

—Espero que nunca tengas que averiguarlo.

—No estoy tratando de hacerte recordar cosas horribles —mintió—, pero Fordragón debe saber que estamos llegando. Si trata de arrancarnos el libre albedrío, tenemos que estar preparados para resistir. ¿Cómo escapaste del control de Arthas en Esperanza de la Luz? ¿Cómo hiciste para que no volviera a capturarte?

El alto señor entornó los ojos.

—Estaba en tierra sagrada cuando quedé libre. La ira divina me mantuvo a salvo hasta que Arthas murió.

—Entonces, la Luz y la ira... ¿Alguna de las dos nos ayudará ahora? —preguntó Melenablanca en tono provocador. Quería despertar la ira de Mograine, si podía. Desde el momento en que la habían despertado a la no-muerte había estado llena de odio. Toda una vida dedicada a erradicar a los no-muertos para acabar convertida en uno de ellos le parecía una ironía particularmente cruel. Y aun así, había aceptado su deber. Había usado su poder oscuro para defender Azeroth, dejando de lado su disgusto personal. No iba a dejar que su sufrimiento fuera en vano, sin importar lo angustiado que se sintiera Mograine.

—Yo no invocaría la ayuda de la Luz hoy, *caballero de la muerte*, excepto como último recurso —dijo Mograine con frialdad—. Si tienes mucha suerte, la Luz acudirá y reducirá tu carne corrupta a cenizas. Confía en mí: no es una forma agradable de morir.

Melenablanca sabía que con esto también hablaba por experiencia propia.

—Tengo mis dudas con respecto a ti, alto señor —dijo—. Cuando llegue el momento de matar a Bolvar, quizá no puedas hacerlo.

Mograine volvió a fijar la mirada en la mesa.

—¿Entonces crees que para ti sería fácil matarlo?

Melenablanca mostró los dientes mientras dejaba regresar su sonrisa.

—¿Cresté que bromeaba cuando dije que quería matar al Rey Exánime?

—No. —Después de mirar el mapa de Rasganorte un momento más, finalmente lo hizo a un lado y agregó—: No tengo ningún motivo para estar furioso con Bolvar. En todo caso, solo siento remordimiento. Pero cumpliré con mi deber. Se lo prometí.

De pronto, un rayo de sorpresa cruzó la mirada de Mograine.

—¿Qué?!

Melenablanca lo sintió un momento después.

«MORIRÍAS. MORIRÍAN LOS CUATRO.»

La Presencia en su mente, la conexión entre ella y el Rey Exánime, ya no estaba inerte.

Por un momento, sintió que se había prendido fuego. *No*. No era calor lo que sentía Melenablanca. Era ese frío tan helado que quema, que de a poco envolvía la Presencia del Rey Exánime.

Está sucediendo.

—Alto señor, ¿era así...?

—Sí —dijo Mograine—. Era así cuando estaba Arthas. El poder del yelmo. Bolvar ya no lo está conteniendo.

—¿Ha caído? —preguntó Melenablanca.

—Sí —dijo Mograine. Melenablanca lo oyó hablar en un tono suave, lleno de dolor—: Bolvar, no entiendo...

Por la Luz, yo también lo siento, pensó Melenablanca. Bolvar había aceptado la maldición corruptora de la no-muerte en su forma más cruda, un río de descomposición hambriento y voraz que buscaba consumir la esencia misma de la vida.

Si Melenablanca había tenido alguna duda, ahora había desaparecido. *El Rey Exánime debe morir de inmediato*. Ya sentía cómo pequeñas partículas de poder escapaban de su Presencia como gotas de agua acumulándose en la superficie de un vaso con agua fría, se deslizaban por el interior de su mente y caían sobre su alma rota. Si seguían así unos días más, aunque Bolvar intentara protegerlos —aunque realmente *quisiera* hacerlo—, los Cuatro Jinetes estarían tan perdidos como él.

Fue un alivio para ella ver que la expresión de Mograine se endurecía. *Ahí está*, pensó Melenablanca, *el alto señor por fin está listo para la batalla*.

Miró a Raganorte y después se golpeó la armadura con el puño.

—Ahora no tenemos opción —dijo—. No hay vuelta atrás. Si Bolvar sigue siendo el Rey Exánime cuando caiga el sol, quizá nunca podamos detenerlo.

Mograine levantó la voz y dejó que sus palabras resonaran por todo Acherus.

—¡Por Azeroth! ¡Por los vivos! Y por nosotros: cabalgamos para matar a Bolvar.

.....

Un día antes, Darion Mograine se había acercado al Trono Helado con la espada en la mano y el alma pesada.

—Bolvar —anunció Mograine—. Tenemos que hablar. Ahora.

No hubo respuesta. Una ráfaga helada golpeó la cima de la ciudadela y arrojó hielo contra la armadura de Mograine. Subió el primer escalón hacia Bolvar. Le era imposible saber si el Rey Exánime lo estaba mirando. El hielo que rodeaba a Bolvar no estaba claro como siempre.

—Bolvar, te hice una promesa. —Mograine subió otro escalón—. ¿Recuerdas?

Todavía nada. Todavía Bolvar no lo miraba. Mograine sintió una oleada de dolor apretarle la garganta. De todas las emociones que pueden llevarse a la no-muerte, a mí me tocó la pena, pensó Mograine con tristeza. Siguió subiendo.

—Juré que no permitiría que te convirtieras en Arthas.

Otro escalón. Di algo, Bolvar, pensó Mograine. No me obligues a hacer esto.

Mograine subió otro escalón y casi resbala. Por las escaleras bajaban corrientes delgadas de agua y se metían entre sus botas.

Mograine no entendía. ¿De dónde venían?

Mograine subió los últimos escalones corriendo. Sus botas hacían salpicar agua con cada paso. Justo antes de llegar al Trono Helado, frenó. Abrió los ojos con sorpresa.

El hielo que rodeaba al Rey Exánime se estaba derritiendo. Parecía que alrededor de un tercio ya había desaparecido.

—Bolvar —susurró Mograine—. ¿Qué estás haciendo?

«DERROTAR AL YELMO.
NO DERROTARME A
MÍ. PORQUE QUIZÁS
EL YELMO YA NO LE
PERTENECIERA.»

Por fin, los dos ojos naranjas se posaron en los suyos.

—Fue muy tonto de tu parte venir solo, Mograine.

Sí. Es verdad. Mograine había ido con la esperanza de que Bolvar respondiera a su ultimátum, no estaba preparado para encontrar al Rey Exánime preparándose para dejar el trono.

Esperé demasiado tiempo para confrontarlo, pensó Mograine. Peor, quizás incluso había precipitado los planes de Bolvar.

—Necesitamos saber que no has sucumbido a la tentación del yelmo —dijo Mograine—. Durante años serviste como Carcelero de los malditos sin titubear.

—¿Eso hice? —Bolvar estaba calmo. Demasiado calmo—. Al preocuparme solo por contener el poder del yelmo, no podía ver su verdadero propósito.

¿Propósito?

—No sé de qué hablas, pero podemos ayudarte a detenerlo. No puedes sucumbir al poder del yelmo por ningún motivo, Bolvar. Conoces bien las consecuencias.

—Ejércitos de muertos marchando sobre el mundo estéril que destruyeron. El lugar de la vida en Azeroth, perdido para siempre.

—Sí —susurró Mograine.

—¿Y quién los detendrá, alto señor?

—Ya luché contra un Rey Exánime —dijo Mograine—. Todavía me queda fuerza para otro.

Un rayo de humor negro recorrió la Presencia.

—Si me mataras y tomaras mi lugar esta misma noche, tu reinado no

duraría demasiado, Mograine.

¿Qué significaba eso?

—¿Ahora te burlas de mí? No quiero tu yelmo ni tu trono. Destruiría toda esta ciudadela condenada y a todas sus criaturas en este instante si eso no condenara a tantos. —Mograine señaló toda la vista de las fortificaciones de Corona de Hielo con un movimiento de su brazo—. Puedo ayudarte. Los cuatro podemos ayudarte. No importa cuál sea la carga.

—Morirías. Morirían los cuatro.

—¿Y con eso qué? —gritó Mograine—. ¿Crees que alguno de nosotros tiene miedo de volver a morir? Cabalgaremos juntos contra cualquier enemigo que amenace Azeroth. Y si caemos, los haremos pagar cien veces por eso.

—Sí, eso espero —dijo el Rey Exánime.

Apareció una grieta en el hielo sobre la cabeza del Rey Exánime. En medio de su cara se abrió un pequeño badén que trazó una línea desprolija sobre el cuello de Bolvar. Se desprendió un bloque de hielo grande y cayó al suelo cerca de los pies de Mograine, donde se rompió en millones de cristales pequeños que se volaron con el viento.

Mograine se tensionó. Ahora había un agujero en el hielo que dejaba expuesto el cuello de Bolvar. Un solo golpe certero con la espada, pensó.

Pero había algo mal. Era como si Bolvar lo estuviera retando a hacerlo. Mograine cerró los ojos un momento. Ordenó sus pensamientos.

Y decidió blandir la espada.

Pero antes de que pudiera mover los músculos, la Presencia reaccionó. De pronto, Mograine no podía moverse. La voluntad de Bolvar lo detenía.

Mograine se sacudió con violencia en su mente intentando zafarse de Bolvar como lo había hecho ya una vez con Arthas. Y funcionó. Algo cedió. Era como si Bolvar no pudiera terminar de aferrar el alma de Mograine.

Mograine blandió su espada contra el cuello de Bolvar sin dudar.

La Presencia presionó. La espada cayó de las manos de Mograine.

La desesperación se apoderó de él cuando su arma rebotó en el hielo y el agua y cayó a los pies del trono del Rey Exánime. La Presencia lo aferraba

con fuerza y lo encadenaba a la voluntad de Bolvar con eslabones más fuertes que el acero.

Fracasé.

—Levanta tu espada, Mograine. La necesitarás. —Ahora la Presencia tenía control absoluto sobre él. Mograine estaba atrapado en una prisión creada por el yelmo y era incapaz de moverse o hablar por sí mismo mientras sus brazos tomaban la espada con naturalidad y la envainaban—. Ahora camina.

Los pies de Mograine obedecieron. La Presencia lo obligó a alejarse del Trono Helado y a bajar los escalones. Bolvar invocó —no, Mograine invocó siguiendo la voluntad tácita de Bolvar— un portón de la muerte a Acherus.

—Podría enviarte como mi instrumento. Los otros tres están esperándote allí, ¿no? ¿A cuántos podrías eliminar antes de que por fin te destruyan?

Un destello de esperanza. Hazlo. Envíame de regreso, pensó Mograine.

Bolvar lo notó.

—Ya veo. Te esperan allí. Y Melenablanca sospecha que no volverás como ti mismo. Estarán preparados para eso. Bien.

El portón de la muerte se activó. Una voluta de niebla de color violeta intenso formó una pirámide apenas más alta que Mograine.

La Presencia obligó a Mograine a caminar hacia él.

—No regreses solo, Mograine —dijo Bolvar—. Solo si están juntos, los cuatro tendrán una posibilidad de derrotar al yelmo. Adiós.

Mograine pasó por el portón hacia Acherus. Y la niebla desapareció detrás de él.

También desapareció el control de Bolvar. La Presencia estaba inerte otra vez. Silenciosa. Acechando en su alma como una serpiente que espera el momento perfecto para atacar.

Mograine cayó de rodillas con la cabeza entre las manos. Estaba libre, pero se sentía más perdido que nunca.

Ya casi había llegado la hora.

Más temprano habían acordado un plan de ataque. Si Bolvar no se rendía de inmediato y se quitaba el yelmo, Acherus bombardearía sus filas para abrir un camino que les permitiera a los Cuatro Jinetes realizar un asalto directo contra el Rey Exánime. Lo que pasara después de eso, dependería de cuántos de ellos pudieran resistirse a su control. Si es que *alguno* podía.

Pero entonces la presencia había cambiado. Ya estaban cerca y podían sentir la influencia de Bolvar con más intensidad. Les quedaba alrededor de una hora de viaje para llegar a la Ciudadela de la Corona de Hielo, así que estaban demasiado lejos para ver el Trono Helado con sus propios ojos, pero el cielo se había despejado un poco y dejaba ver su silueta amenazante.

Y ahora veían algo en su mente.

Mograine lo había notado primero. Una escena extraña apareció como un relámpago en su cabeza: uno de los soldados de la Plaga caía al suelo, con una flecha envuelta en humo negro clavada en el cuerpo. Unos minutos después, había decenas de soldados de la Plaga desparramados delante del Trono Helado. Y después más decenas.

Se estaba peleando una batalla en Corona de Hielo. Lo veían a través de la Presencia. No: Bolvar se los estaba *mostrando*. Los Cuatro Jinetes permanecieron inmóviles y en silencio en Acherus, mirando la espira distante. A medida que pasaban los minutos, las imágenes se volvían más claras.

De pronto, Melenablanca se quedó sin aliento.

—Es Brisaveloz. Bolvar está luchando contra *Sylvanas Brisaveloz*.

Una vez que ella lo dijo, Mograine lo vio. Los ojos encendidos. La cicatriz fresca en la cara. *Era Sylvanas*. Había ido a buscar el yelmo.

Y entonces, de pronto, Mograine entendió.

“Solo si están juntos, los cuatro tendrán una posibilidad de derrotar al yelmo”, había dicho Bolvar.

Derrotar al yelmo. No derrotarme a mí. Porque quizás el yelmo ya no le perteneciera.

Él sabía que Brisaveloz estaba en camino, advirtió Mograine. Bolvar había previsto que ella lo desafiaría para quedarse con el yelmo. Y había planeado usarlo para detenerla, porque Sylvanas nunca reclamaría el poder del Rey Exánime solo para mantenerlo a raya.

Pero Bolvar sabía que habría consecuencias. Usar el yelmo solo podía llevar a un resultado: un mundo muerto. No importaba si él podía aguantar la corrupción por un mes, una semana o un minuto una vez que había aceptado su poder. Terminaría de la misma forma. Azeroth caería.

A menos que cuatro caballeros que habían jurado defender a Azeroth pudieran detenerlo mientras todavía estaba débil tras la batalla con Brisaveloz. Y aún si ella ganaba, no sabría controlar bien el poder del yelmo. Estaría vulnerable, aunque fuera por un momento.

Bolvar había provocado a Mograine y al resto de los Cuatro Jinetes para que fueran a matarlo en el momento exacto en que podía terminar su reinado. Y los había mantenido aislados —a ellos y a *todos* esos caballeros de la muerte nuevos—, aislados de su control todo lo que podía. Así, sin importar quien ganara, los jinetes tendrían una oportunidad.

Aterratrols buscó la mirada de Mograine.

—¿Esto cambia algo para nosotros? —preguntó.

Mograine se dirigió a los otros.

—No. Esto no cambia nada. Nuestro deber sigue siendo el mismo. —Después volvió a mirar hacia Corona de Hielo—. Bolvar sabía que tendría que enfrentarse a Brisaveloz. Y ese día, o él ganaría o habría un nuevo Rey Exánime.

—Reina —dijo Melenablanca.

—Exacto.

Bolvar, ojalá hubieras confiado en mí lo suficiente para contarme. Pero no. Mograine habría insistido en estar ahí para pelear contra Sylvanas junto a él. Y también los demás. Y a juzgar por los cadáveres que yacían frente al Trono Helado, los cuatro habrían muerto.

—Quería que estuviéramos aquí en este momento para acabar con el

vencedor cuando termine la batalla. Después de que Sylvanas hubiera eliminado a la Plaga por nosotros. Antes de que tenga la oportunidad de aprender a dominar nuestra voluntad.

Nazgrim pensó en eso por un momento.

—Uno de nosotros tendrá que tomar su lugar.

Durante un largo momento reinó el silencio. Los ojos de Melenablanca saltaban de un jinete a otro, como si estuviera tratando de decidir si alguno de ellos estaba dispuesto a asumir esa responsabilidad.

Un ruido distante, casi un trueno, volvió a llamar su atención a Corona de Hielo. La Presencia tembló. La determinación helada y corrupta de Bolvar ahora estaba teñida de desesperación.

Mograine vio con la mente, sin lugar a dudas, a Sylvanas extendiendo el brazo hacia la cabeza de Bolvar.

Y después, dolor. Dolor para todos ellos. Tan punzante como si les estuvieran clavando una espada en el cráneo. Mograine gritó y revoleó su propio yelmo hasta la otra punta de la sala de mando, mientras se presionaba las sienes con las palmas como si así pudiera extirparse el dolor, apenas consciente de que los otros tres también estaban gritando.

Unos momentos después, el dolor desapareció tan repentinamente que Mograine cayó de rodillas, aliviado, todavía con las manos en la cabeza. Pasó un rato hasta que recuperaron el habla.

—¿Dónde está la Presencia? —preguntó Nazgrim con voz cansada.

Mograine no entendió. No respondió. Solo disfrutaba de la ausencia de dolor. Era una sensación *maravillosa*.

—¿Dónde está Bolvar? —volvió a preguntar el orco—. No lo siento.

Tenía razón. La Presencia de Bolvar había desaparecido. No, desaparecido no. Estaba vacía, se dio cuenta Mograine. El conducto de control todavía estaba ahí. Pero estaba... desocupado. Igual que cuando había derrotado a Arthas.

—Sylvanas tiene el yelmo —dijo Mograine. Miró a los demás a los ojos—. Ahora ella es nuestro objetivo.

—Entendido —resopló Melenablanca.

—¿Y Bolvar? —gruñó Nazgrim.

Aterratrols miró a Mograine.

—Creo que ya no es el Rey Exánime. Lo salvaremos si podemos —dijo Aterratrols.

—De acuerdo —dijo Mograine.

Miró detrás de Aterratrols, hacia la tripulación no-muerta de Acherus. La mayoría estaba inmóvil. Los que tenían voluntad propia miraban alrededor, mareados; los descerebrados, miraban a la nada y empezaban a sacudirse.

Siempre debe haber un Rey Exánime.

Pronto, la mayor parte de la tripulación de Acherus —y el resto de la Plaga en Rasganorte— se volcaría a la violencia frenética sin control. Y si Sylvanas se ponía el yelmo, sentiría que Acherus se estaba acercando. Sentiría las intenciones de los Cuatro Jinetes. Mograine no tenía dudas de que intentaría doblegar su voluntad para detenerlos. *Y aunque no lo logre, tendremos que pelear contra el resto de la Plaga.*

Hizo un gesto hacia las profundidades de la fortaleza flotante.

—Quizá la distancia que hay entre nosotros y Corona de Hielo aún nos permita controlar a la tripulación de Acherus. Prepárenlos. Será nuestra única oportunidad de...

Y entonces se frenó, su boca todavía se movía sin emitir sonido. La Presencia estaba *cambiando*. Esta vez no era doloroso. En absoluto. Mograine nunca había sentido algo así, jamás. Ni siquiera cuando cayó Arthas.

Si la Presencia era un conducto de control y poder, parecía que el conducto se estaba desmoronando. Partiéndose en dos. Mograine no entendía. Pero se sentía... liberador. Como si su mente hubiera estado atada y las cadenas estuvieran cayendo, una a una. Como si ni siquiera se hubiera dado cuenta de lo apretadas que estaban hasta ahora.

—¿Qué está haciendo? —gritó de repente Nazgrim.

Mograine miró a Corona de Hielo justo a tiempo para ver cómo el cielo

se hacía añicos.

Una onda sísmica golpeó Acherus y Mograine casi cae al piso. Nazgrim lo tomó del brazo para sostenerlo mientras la fortaleza se sacudía en el aire.

—¡Muévanse! —gritó Mograine—. ¡Estabilicen el Acherus!

Algunos miembros de la tripulación respondieron a sus órdenes. Aun así, parecía que la fortaleza iba a caerse del cielo. Pero finalmente se estabilizó. Si hubieran podido, habrían soltado un suspiro de alivio.

—¡Mantengan la posición! —ladró Nazgrim. Con ojo entrenado, escrutó el horizonte para evaluar cada detalle.

Mograine miró a Corona de Hielo. El cielo azul sobre la región había *desaparecido*. Se había roto en pedazos. Lo que aparecía ahora ante sus ojos era un reino oscuro, ahogado en una niebla negra espesa, iluminado únicamente por rayos de un resplandor furioso de color naranja y ámbar. Y de la niebla surgía otra estructura, que flotaba directamente sobre la Ciudadela de la Corona de Hielo.

Mientras la miraba, Mograine se dio cuenta de que la Presencia realmente había desaparecido. Sylvanas había destruido el yelmo. Y con su destrucción...

—El velo entre la vida y la muerte —susurró Mograine—. Lo rompí.

Bolvar había cometido un error terrible, advirtió Mograine. Había supuesto que Sylvanas quería convertirse en la nueva portadora del yelmo, no que venía a destruirlo. ¿Pero cómo podía haberlo sabido? ¿Cómo podía saber que destruirlo causaría algo así?

Mograine oyó una espada cortando el aire detrás de él, y después el sonido de algo pesado contra el suelo.

—Alto señor, saca tu arma —lo llamó Aterratrols.

Mograine lo hizo, con la mirada todavía perdida en el cielo. Algo chocó contra él y entonces se volvió, levantando una ceja. Era uno de los miembros de la tripulación de Acherus, que arañaba su armadura intentando matarlo.

Lo eliminó casi sin prestar atención. Notó que ya había varios cuerpos a su alrededor.

La Plaga no tiene Rey Exánime, por fin entendió Mograine. *Si la Luz quiere, nunca más tendrá uno.*

Eso lo devolvió a la acción. Solo unos pocos de los miembros de la tripulación que estaban en el salón de mando habían enloquecido tan rápido y los Cuatro Jinetes los habían controlado sin problemas.

Mograine examinó el resto del salón de mando y comenzó a impartir órdenes. Siempre había claridad en el caos, Mograine lo había aprendido hacía mucho tiempo. Ver los problemas significaba que podían empezar a resolverse.

Una catástrofe a la vez.

—No sé qué planea Sylvanas a continuación. Pero quizá Bolvar sepa. Lo necesitamos —dijo Mograine—. Melenablanca. Nazgrim. Todavía estamos a una hora de Corona de Hielo. Cuando llegemos, ustedes dos irán a buscar a Bolvar. Si está vivo, tráiganlo aquí.

Asintieron. Mograine le hizo un gesto con la cabeza a Aterratrols.

—Hasta entonces, nosotros protegeremos Acherus. Dominaremos a los que todavía puedan controlarse y mataremos al resto. Tenemos que salvar a todos los que podamos para... lo que venga después.

—Entendido —dijo Aterratrols. Juntos se internaron en la fortaleza. Pronto sus armas cantaban en el aire frío de Rasganorte.



Melenablanca tenía la mirada fija en el Trono Helado cuando ella y Nazgrim se lanzaron desde Acherus. No prestó atención al cielo destrozado sobre su cabeza. Ese era un problema para más adelante. Buscó con cuidado cualquier indicio de que Sylvanas todavía estuviera allí, pero parecía que la Reina alma en pena ya se había ido.

El orco llegó primero y apareció en un instante sobre las ruinas del Trono Helado. Melenablanca aterrizó un instante después y pasó como un rayo junto a Nazgrim, esquivando con destreza los cadáveres de los soldados caídos de la Plaga. Vio a Bolvar cerca del centro de la plataforma, echado

sobre un costado.

Miraba al cielo con ojos llenos de asombro y horror. Melenablanca lo entendía completamente. Se arrodilló a su lado y le tomó la nuca con una mano.

—¿Se fue? —preguntó.

Parecía que a Bolvar le costaba formar las palabras. Melenablanca sospechaba que no tenía que ver con sus heridas, sino más bien con la enormidad ininteligible del desastre que no había logrado prevenir.

—Sí, Sylvanas se fue. —La culpa y el arrepentimiento se agolpaban en su voz—. No sabía. Ni siquiera *soñé*...

Ahora Nazgrim también estaba de rodillas a su lado.

—Tenemos que volver a Acherus —dijo—, hay mucho que hacer.

Juntos, él y Melenablanca ayudaron a Bolvar a ponerse de pie.

La mano de Bolvar tomó una de las hombreras de la armadura de Melenablanca.

—¿Saben lo que ha hecho?

—No. Nos contarás cuando estemos a salvo —dijo Nazgrim—. Entonces podrás decirnos cómo seguimos.

Bolvar los miró a los dos con confusión.

—Ya no soy el Rey Exánime —dijo.

—Una pena —Melenablanca tomó el brazo de Bolvar y lo tiró sobre su hombro para cargar su peso—. Vine hasta aquí para matar al Rey Exánime. Fue muy desconsiderado de tu parte dimitir justo cuando llegué.

—No tienen que seguir mis órdenes —dijo Bolvar.

—Obviamente. —Melenablanca esbozó una sonrisa.

Nazgrim también sonreía.

—Intentaste arreglar tu propia muerte para asegurar la victoria. *Lok-tar ogar*, ¿mmm? Guía nuestras espadas y te obedeceremos.

Bolvar cerró los ojos un momento. Cuando los abrió, Melenablanca vio determinación. *Excelente*, pensó.

Bolvar señaló los restos destruidos del Yelmo de dominación.

—Entonces tomen los pedazos. Con cuidado. Vamos a necesitarlos.

Melenablanca sostuvo todo el peso de Bolvar mientras Nazgrim juntaba las dos mitades.

—¿Y después qué, alto señor?

Bolvar volvió a mirar al cielo.

—Necesitaremos aliados, todos los que podamos conseguir. Y después, atacaremos al mismísimo corazón oscuro de la Muerte.

—Bien —dijo Melenablanca—. Ya me estaba preocupando que esto fuera demasiado fácil.



CRÉDITOS

TEXTO:

Robert Brooks

EDICIÓN:

Allison Irons

DISEÑO:

Betsy Peterschmidt

PRODUCCIÓN:

Brianne Messina

CONSULTORES DE HISTORIA:

Sean Copeland, Justin Parker, Anne Stickney

CONSULTORES CREATIVOS:

Ely Cannon, Steve Danuser, George Krstic,
Korey Regan

TRADUCCIÓN:

Laura Campos

AGRADECIMIENTOS ESPECIALES:

Jason Campbell, Jamie Cox, Anna Ficek-Madej,
Thomas Floeter, Felice Huang, Ty Julian